

A cada latigazo el cuerpecito de Chito culebreaba de dolor. La mano de Pancho castigaba duro con una sogá la carne del muchacho que, retorciéndose como un bicho, pedía perdón.

Al fin se vio libre y, lloroso, se arrinconó a gritar la segunda pela que por mentiroso le daba el padre en ese día.

En la boca de Chito cabían todas las mentiras y, no por eso dejaba de ser simpático el chico aquél. Con sus ojos negros y vivaces, su cara ancha color de pan tostado y su gorra, siempre rota y nunca bien puesta, encarnaba al rapaz campesino, ladrón de nidos altos y de camarones en las cuevas del río. Nadie como él para tumbar unos cocos o lazar un becerro.

Hacía un momento que el padre le había ordenado amarrar unos burros. Una, dos, tres veces repitió Pancho la orden y Chito seguía jugando.

Entonces, sogá en mano, lo llamó.

—¿Todavía no te ha díó?

—Sí señor, pero toy aquí porque Teresa me dijo que fuera al río con ella.

—¿E verdá eso?

No era cierto y Chito se ganó la zurra.

—¿Te dolió? —dijo Teresa a su hermano cuando estuvieron solos.

—Chip... va a dolé.

—¿Si eh?, ¿y esa lágrima?

—¿Eso?... de risa, —contestó frescamente el muchacho limpiándose los ojos con el dorso de la mano. Luego, se subió los calzones, que ya le quedaban por las corvas. Con el ripio que le servía de cinturón se los amarró en la mitad de la barriga desnuda que, de puro sucia, parecía berrenda. Cogió un lazo, y, después de enseñarle la lengua a su hermana en una mueca rápida, salió.

Iba tan contento como el carpintero que entre un chillido y otro fabricaba su nido en lo alto de una palma. Lo vio Chito y le tiró una piedra. El pájaro, con un chillido más sonoro que antes, casi burlón, abrió las alas y se perdió entre el verde de las ramazones.

Cantando así siguió el camino Chito:

“Yo soy americano
que ando poraquí

buscando quien me afeite
del bozo la narí”.

El pájaro chillaba de nuevo en otra palma. Muchacho y carpintero eran iguales.

En el bohío, Teresa se le acercó al padre:

—¿Me voy a bañá, viejo?

—Ve, pero, no te dilate, y llévate un calabazo pa que traiga agua.

Se fue la muchacha, y Pancho se quedó fumando su cachimbo, rumiando indeseables pensamientos. Estaba preocupado. En esos días, una patrulla del ejército yanqui que invadía el país había caído sobre su rancho con la maldad del guaraguao sobre el nidal de la gallina recentina. Lo acusaron de ayudar a los gavilleros, como llamaban los blancos a los dominicanos que por deber habían renunciado a la sombra del bohío y prefirieron el sol sin piedad de las sabanas; y el agua fresca de las tinajas hogareñas por la que en baches y huellas de animales les daba la manigua, teatro de heroísmo patriótico unas veces, y otras tantas de salvaje defensa del pellejo.

Pancho negó la acusación y eso no bastó: una multa subida o contribución fue el castigo que le impusieron para cuando volvieran.

La multa, la multa... Ese era el comienzo del pretexto que empleaba el blanco para manchar de rojo y negro los caminos claros de esos campos de sol. Tal vez eran los 15 años de la muchacha, que florecían en gracia y tentación... O el pardo de silla y carga que llevaba su estampa.

Así pensaba cuando un grupo de uniformados manchó de amarillo el patio verde del bohío. El corazón comenzó a galoparle dentro del pecho. Le pidieron el dinero, y él habló largo y claro para que le concedieran una prórroga.

El jefe le dejó hablar y, luego dijo:

—Oh, ¿you no tener the money? Well —y se le fue acercando, poco a poco, sin calor en la sangre, con los ojos entrecerrados de perversidad.

Pecho a pecho, la cara roja del blanco junto a la oscura del criollo, se medían... se medían.

Pancho esponjó los brazos y el yanqui, de un empujón brutal lo arrinconó junto a una tinaja. El caído se puso de pie. La animalidad ancestral surgía detrás del hombre. No le arredraba la pelea ni su resultado, pero ahí venía del río, con los cabellos chorreando agua, y el cuerpo limpio y húmedo adivinándose a través del traje, la hija por quien debía vivir.

Traía el calabazo a la cabeza y en la cara morena la desconfianza ante la gente extraña. Pancho hizo ademán de ir a ella, y nuevos ultrajes se le hicieron. Con la soga que pegó a su hijo lo amarraron. Mientras tanto, ahí estaba la muchacha como una fruta sin espinas, fácil al querer del blanco. El coraje y la rabia nublaron de lágrimas el cielo lucio de los ojos de Pancho. Su impotencia y el llanto de la hija daban blandura de dolor a aquel cuadro endurecido por la crueldad fría del atropello.

Una sierpe de lascivia se enroscaba en Teresa que, sin poder, se defendía mientras el padre vuelto niño suplicaba:

–No por Dio... No me la toque. –Y se retorció corajudo y valiente.

Un ruido extraño atajó las intenciones del jefe. Eran como caballos que corrían lejanos, tropel de patas que anulaban distancia.

Atencionó un momento el hombre. Después abrió la puerta del único aposento e hizo pasar sus hombres al interior. Desenfundó la pistola y, pegándole el cañón a la muchacha sobre el seno ordenó:

–Todo quien venga you decir no haber nadie, ¿you understand? –llevándose consigo a Pancho se encerró a esperar.

El frío del acero secó las lágrimas de Teresa. La dejó alelada y útil para la celada a los posibles insurgentes.

A la puerta del bohío los pasos se apagaron y a los blancos les volvió el alma al cuerpo. Era Chito quien llegaba.

No bien hubo echado pie a tierra, Teresa sin saber lo que hacía, le repitió lo mismo que le dijo el jefe:

–Aquí no hay nadie.

Chito no comprendió y, como si a su vez le tocara decir algo, borbotó limpiándose el sudor:

–Concho, tuve que dale tuel galope a ese mañoso, porque porai ta Ramón Natera con lo gavillero, son ma qui abeja... si pechan a lo blanco, lo pelan a tuitico.

En el aposento los soldados comenzaron a inquietarse, tanto por el número que anunciaba el muchacho como por el hombre que los mandaba: Ramón Natera: el azote del yanqui en la región del Este.

En menos tiempo del que se gasta en decirlo, mientras lo dejaba en libertad, el jefe silbó al oído

de Pancho:

–Si you no decir a gavillero que blanco haber estado aquí, mi ser amigo tuyo –y de una vez abrió la puerta trasera del bohío. Uno a uno se fueron tirando al monte, rápidos, silenciosos, como guineas que presiente peligro.

El miedo se los llevó.

Pancho salió. Tenía todavía la sogá con que lo amarraron entre las manos y en el rostro la huella de la incertidumbre.

–¿Ande tan lo gavillero? –interrogó.

Chito, con la vista fija en la cuerda y atemorizado retrocedió hasta las faldas de Teresa. Ni la hermano que lo protegía, ni el padre que seguía preguntando, comprendieron su actitud, hasta que el muchacho con ganas de llorar musitó:

–Perdóneme mi pay, era embute mío.

Mientras los pechos vaciaban con lasitud la ansiedad dominante, entre un chillido y otro, el carpintero martillaba de nuevo fabricando su nido en otra palma.